

breve prólogo y una introducción general. El primer capítulo está dedicado a la creación, destacando especialmente el papel de los ángeles en relación con la economía de la salvación. El segundo se centra en la antropología espiritual y la mariología y estudia, en particular, las cuestiones relacionadas con el pecado original y la figura de Nueva Eva. El tercero versa sobre la cristología y la soteriología. El cuarto es el más extenso, y en él se estudian la pneumatología, eclesiología, hagiografía y el ascetismo; en este capítulo se presta mucha atención a los sacramentos y al monacato. El último capítulo lo destina a la escatología. A continuación sigue un apéndice, en el que se dan unas referencias bibliográficas sobre obras de Padres traducidas al inglés, y las notas a pie de página. El libro termina con un índice general con las palabras más significativas.

El presente volumen tiene una buena configuración pedagógica. En este sentido son dignos de notarse los cuestionarios de preguntas que se formulan a los alumnos al final de cada capítulo, así como la selecta bibliografía que puede orientar al lector.

Se trata de una obra escrita desde una óptica ortodoxa griega, en la que su A. ha puesto un especial énfasis en señalar las diferencias teológicas entre la Ortodoxia y la Iglesia Católica de Roma.

Nos ha llamado poderosamente la atención que en un trabajo de índole escolar no se dedique ni un capítulo al tema trinitario. El A. se muestra un tanto desigual en el tratamiento y extensión que la concede al sacramento de la Eucaristía y el que otorga al sacramento de la Penitencia.

Pasando a temas más puntuales señalaremos algunas observaciones de detalle:

En p. 26 coloca a Afraates después de San Efrén, cuando la opinión común de los especialistas es justamente la inversa (cfr. I. Ortiz de Urbina, *Patrología Syriaca*, Romae 1965, pp. 46-56).

En p. 90 afirma que el III Concilio de Toledo cambió el Símbolo de Nicea, añadiéndole el *Filioque*. Esta afirmación no nos parece del todo correcta, pues en dicho Concilio el rey Recaredo recitó el Símbolo de Nicea sin ninguna adición, aunque si es cierto que en las Actas del Concilio toledano se menciona la procedencia del Espíritu Santo *a Patre et Filio* (cfr. VV. AA. *Concilio III de Toledo. XIV Centenario. 589-1989*, Toledo, 1991. Especialmente la edición crítica de las Actas de este Concilio realizada por el P. Rodríguez).

En resumen, nos encontramos ante un libro de índole escolar, que nos muestra los principales puntos de vista de la teología ortodoxa en relación con los Padres de la Iglesia.

D. Ramos-Lissón

SAGRADA ESCRITURA

D. MUÑOZ LEÓN, *Proclamación del Evangelio de San Juan*, («Formación permanente». Comisión Episcopal), Madrid 1989, 21 x 15.

La Comisión Episcopal Española del Clero ha publicado unos volúmenes sobre los Sinópticos, preparados por A. Rodríguez Carmona y destinados a la formación permanente del Clero, así como a ofrecer un instrumento de trabajo en la preparación de las homilias dominicales. Dentro de esa publicación está el libro de D. Muñoz León, que ahora comentamos. Tiene cuatro partes, cuyos títulos dan idea de su contenido. *Temas básicos teológico-exegéticos para la predicación del Evangelio de San*

Juan contiene los temas que podemos llamar introductorios al IV Evangelio, como son su estructura, medio joánico, historicidad, etc. La segunda parte, *Esquemas para la preparación de la homilía*, analiza las diversas pericopas evangélicas que aparecen en la Liturgia de la Palabra, con el fin de dar unas pistas o elementos básicos para la preparación de la homilía.

Fichas de conceptos teológicos importantes, en la parte tercera propone una serie de ideas maestras sobre diversos temas teológicos, presentes de forma peculiar en el Evangelio de San Juan. Por último, la parte cuarta se titula *Lectura espiritual del Evangelio de San Juan* y brinda «siete desarrollos sobre puntos fundamentales del Evangelio que pueden ser objeto de una reflexión/meditación/oración más detenida» (p. 4). Termina con cuatro anexos sobre la estructura del IV Evangelio y de sus diálogos, unas referencias a las lecturas bíblicas que acompañan las pericopas litúrgicas del IV Evangelio y un cuestionario para profundizar en la múltiples dimensiones de este Evangelio. Sigue un apartado sobre Bibliografía, que en general repite la que ya ha dado en cada apartado. Sigue un glosario de algunos términos técnicos, terminando con un índice de materias.

Destaca que el IV Evangelio tiene un lugar privilegiado en la liturgia de Cuaresma, Semana Santa y Pascua. En otros momentos se refiere también a la estrecha conexión de este evangelio con la Liturgia, en cuya celebración parece haberse formado en gran parte (cfr. p. 10). Sin embargo, este aspecto está poco destacado. Así cuando habla de la cuestión fe-sacramentos resulta demasiado conciso (cfr. p. 57), y no dedica ningún espacio más al tema. Sobre esta cuestión se echa de menos en la bibliografía el libro de O. Cullmann sobre los sacramentos en San Juan (*Les Sacrements dans l'Évangile joannique*, París 1951),

elemental y ya clásico en la materia. Tampoco el tema del culto en espíritu y en verdad trata de la función del Espíritu Santo en dicho culto, dando una interpretación que mira más bien hacia un culto interior y espiritual (cfr. pp. 94, 196, 261). En cuanto al tema del Templo (cfr. p. 48, 84, 261s.) consideramos que requiere un tratamiento más amplio, reducido quizá por el carácter de la obra.

En el tema de la historicidad se pronuncia claramente de modo positivo. Estima que el IV Evangelio merece tanta credibilidad como los Sinópticos (cfr. p. 64). Es cierto que Juan da un valor simbólico a ciertos acontecimientos, pero eso no merma su valor histórico (cfr. ib.). Opina que la predicación joannea se acerca al método targúmico u homilético, que «consiste en recurrir a una palabra sagrada (en este caso la palabra de Jesús) actualizándola» (pp. 66). En cuanto a la autenticidad, refiere las diversas teorías que hay al respecto. «Pero dado que el mismo Evangelio nos remite a un testigo ocular (19, 35; 20, 8; 21, 24) y la tradición más cercana lo identifica con el Apóstol Juan, nosotros preferimos dar crédito a esta información» (p. 70).

Acepta la «presencia» de una Comunidad a la que el hagiógrafo se dirige en sus escritos, recogiendo y reflejando sus preocupaciones y sus problemas (cfr. p. 9ss, 61, 63, 66). Desecha por tanto una participación redaccional de dicha comunidad o comunidades joánicas, según sostenía Bultmann. Y por su puesto, defiende la ortodoxia y comunión de la iglesia joannea con las demás iglesias, en contra de lo que dice Käsemann (cfr. p. 12).

Como el título indica, se insiste en el carácter de proclamación que tiene el IV Evangelio. Sin embargo, nos parece que lo más característico de San Juan es el valor testimonial que da a la predica-

ción, tanto de Jesús como de sus Apóstoles. Sin duda, que esto lo tiene en cuenta Muñoz León, y de hecho le dedica bastantes páginas al tema (cfr. p. 50, 227-234). De todos modos, nos parece que se debería insistir en diversas ocasiones, al hablar de la proclamación. Por otra parte, habla con frecuencia de oferta que se rechaza o se acepta (cfr. por ejemplo p. 44ss). Más bien hay que hablar de Revelación que Cristo hace a los hombres y que estos aceptan o rechazan. También cabe hablar de llamada de Dios y respuesta del hombre. De hecho, al hablar de la homilía hace referencia, no sólo a la conexión con la Eucaristía, sino además a la necesidad de suscitar en los oyentes un compromiso determinado (cfr. p. 75).

En la estructura que propone, nos parece poco destacada la Semana inaugural que, aunque dentro de la sección de la Primera Pascua, tiene una entidad propia y una importancia capital, como demuestra Boismard en su libro *De baptême à Cana*, París 1956, que nos extraña no verlo citado, ni el que dedica al Prólogo, dos libros interesantes, sobre todo desde el punto de la predicación. De este hay traducción española (*El prólogo de San Juan*, Madrid 1967). Curiosamente dice que lo citará al final (p. 291), pero luego no aparece. Dentro de la estructura, tampoco nos parece que deban unirse las fiestas de los Tabernáculos y de la Dedicación del Templo (cfr. p. 20). Ambas tienen su propia identidad y su propio contenido teológico.

En el apartado dedicado a la teología del IV Evangelio se destaca la importancia de la Cristología. Sin embargo, hay un aspecto que en ese capítulo no se destaca. Me refiero a la condición que Jesús tiene de ser el Enviado del Padre. Más tarde se referirá a ello. Tampoco se dice nada apenas, en este capítulo de la teología del Evangelio so-

bre la Neumatología, tan rica en San Juan. Sin embargo, vuelve sobre ello en otro momento (cfr. p. 169ss.).

En algunos temas echamos de menos elementos importantes. Así al hablar de Jn 1, 27 no alude siquiera a la cuestión del Esposo que late en ese no desatar las sandalias de Jesucristo. Cuando se refiere al Cordero de Dios no recurre apenas a la literatura apocalíptica judía, con la que el mismo Apocalipsis de San Juan se relaciona de alguna manera, y donde la figura del Cordero alcanza una grandiosidad maravillosa. Entre los temas tratados, cabe destacar el dedicado a la Verdad y el de la Virgen.

Dentro del capítulo de la bibliografía, aparte de los títulos señalados de Cullmann y Boismard, echamos de menos también la referencia a los comentarios que se han preparado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, ya en tercera edición, y traducidos al inglés, al italiano y al portugués, así como los diversos trabajos que se han venido publicando sobre teología joannea en las Actas de los Simposios internacionales de teología celebrados cada año en dicha Facultad. Esto último es muy explicable que haya ocurrido, ya que se trata de breves comunicaciones publicadas en los libros de actas de dichos Simposios y, por tanto, más difíciles de localizar.

Digamos, por último que resulta muy positivo el recurso a la exégesis patristica, así como las referencias a los documentos del magisterio, sobre todo a las encíclicas del Papa. En más de una ocasión el A. se remite a estos escritos (cfr. pp. 25, 169, 175, 362, etc.). Nos alegramos, en suma, de esta publicación que contribuirá a un conocimiento más profundo y jugoso del Evangelio de San Juan.

A. García-Moreno